



Conferencia Internacional
(Primera Iberoamericana)

CHESTERTON
Y LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA
21 al 24 de septiembre 2005

Chesterton y la Locura

Dr. Carlos Alberto Velasco Suárez

Conferencia pronunciada el día jueves 23 de septiembre

Sociedad Chestertoniana Argentina

Agüero 1287 Capital Federal CP (1425EMC) - Tel/Fax (54-11) 4961 6847

sca@SociedadChestertonianaArgentina.org

www.SociedadChestertonianaArgentina.org

INTRODUCCIÓN

En 1974, en ocasión del centenario de la muerte de Chesterton, escribí un trabajo con este título, que apareció publicado en 1975... Desde el mirador de estos treinta años transcurridos, y en ocasión de este feliz encuentro internacional chestertoniano, quiero volver sobre el mismo para revisarlo, corregirlo, reiterarlo y ampliarlo.

En aquél año acababa de publicar mi tesis doctoral sobre “La actividad imaginativa .en psicoterapia”. No pude menos de tener presente a Chesterton, entrañable amigo desde la adolescencia, durante la realización de esta tarea. Había tropezado con una frase suya, dicha como al pasar, en un artículo de “El fin del armisticio”: “Es algo difícil de realizar (...). Requiere imaginación; la más ardua y asombrosa clase de imaginación: aquella que puede ver aquello que está realmente allí; mientras que una imaginación más débil siempre ve su propia imagen en todas partes” (). Chesterton derrama a lo largo de su vasta obra incontables frases como ésta, en las que la brillantez y la precisión están al servicio del genio de su pensamiento. El poderoso realismo metafísico de Chesterton campea en esta frase iluminando con sencillez una dimensión decisiva del tema de la imaginación y el conocimiento. Fue así uno de los guías importantes en el camino de mi investigación.

En la década que precedió a mi trabajo de entonces habían alcanzado su culminación las más estridentes manifestaciones del nihilismo, etapa final del proceso de disgregación del extravío inmanentista, que Chesterton primero padeció y luego tan lúcida y apasionadamente combatió. Era la época de los “antis”: la anticultura, la anti literatura, la antiestética el anti teatro, la anti psiquiatría. La anti psiquiatría adquirió una relevancia mediática y política mundial gracias a la actividad de psiquiatras predominantemente ingleses entre los que se destacaban Cooper, Esterson, y, sobretudo, Ronald Laing. Laing, un escocés dotado de gran talento literario, se convirtió en el psiquiatra más famoso del mundo, “un profeta de reputación mundial”() para terminar después, tristemente, devorado por su propio éxito. Los anti psiquiatras propugnaban una demolición de la psiquiatría tradicional, de su praxis, de sus instituciones y de sus criterios clínicos. El blanco principal de sus ataques se centró en el concepto de locura (o de alienación) y sus aplicaciones en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades mentales. La esquizofrenia no es una enfermedad, afirmaba Laing, su diagnóstico es un acto social y político, una “etiqueta” que unas personas ponen sobre otras, una “conspiración para someterlas a un “ceremonial de degradación” (diagnóstico e internación) “para exilarlo en una institución totalitaria llamada hospital que en realidad es un campo de concentración”.

Se puede observar aquí una significativa distorsión de la visión profética de Chesterton, reiterada a lo largo de su obra, acerca de un momento en que los adoradores y confesores del verdadero Dios, junto con aquellos que también públicamente dan testimonio de su existencia a través de una apasionada negación, serán encerrados en manicomios para borrar hasta el último vestigio de su testimonio. Como señala Russel Kirk en su excelente revisión del tema, los loqueros y los locos ocupan un lugar relevante en siete de las novelas fantásticas de Chesterton (). Pero es quizá “La Esfera y la Cruz” la que deja en nuestra memoria imágenes más inolvidables. Cuando estaba abocado al estudio del tema de la anti psiquiatría se hacían cada vez

más frecuentes las denuncias del uso por parte del régimen totalitario comunista soviético de la internación compulsiva en sanatorios psiquiátricos de los disidentes ideológicos. Esto proporcionó una impresionante confirmación de la potencia de la visión intuitiva de Chesterton que se anticipó por varias décadas a los sucesos que históricamente la confirmaron.

Los anti psiquiatras al colocarse en una posición exactamente antitética al racionalismo positivista de la cultura médica de su época cayeron en la trampa de ese síndrome de la patología cultural de nuestro tiempo que tan lúcidamente describió entre nosotros Emilio Komar: la “oposición subordinación”. Cayeron en el irracionalismo. Cayeron en la exaltación de la locura. “En vez del ceremonial de “degradación” del diagnóstico e internación psiquiátricos, decía Laing, “necesitamos un ceremonial de “iniciación”, a través del cual la persona sea guiada, con pleno estímulo y sanción social, dentro del espacio y tiempo interior por personas que han estado allí y han regresado. Psiquiátricamente esto aparecería como ex pacientes ayudando a futuros pacientes a volverse locos”. Esta exaltación de la locura estaba sustentada por otra gran confusión: la equiparación de las experiencias psicóticas con las verdaderas experiencias místicas. Trabajé entonces en la distinción y separación de ambos tipos de experiencias, distinción que, no por obvia, era igualmente necesaria en aquellas circunstancias.

Mi indagación acerca del movimiento anti psiquiátrico se resumió en un artículo de 1974, “El caso Laing y la anti psiquiatría” (). Pero todo este trabajo supuso un continuo recurso y confrontación con la sabiduría de Chesterton cosa que me llevó, como paso siguiente, a ocuparme de “Chesterton y la locura”. Desde entonces Chesterton siempre ha estado en mi compañía. Para mi iluminación y felicidad. He ido cobrando conciencia creciente a lo largo de estos años de dos rasgos decisivos del misterio de su persona: su *genialidad* y su *santidad*.

La comparación durante estos mismos años con la figura de Juan Pablo II me ha esclarecido en este punto. Juan Pablo II ha sido un caso patente de genialidad y de santidad El Diccionario de la Lengua, de la Real Academia Española, define a la genialidad, en su cuarta acepción, como “Capacidad mental extraordinaria para crear o inventar cosas nuevas y admirables”. A ambos les cabe esta definición. Pero la genialidad se manifiesta también en su dimensión cuantitativa, en la magnitud sobrehumana de la obra realizada y a ambos les cuadra también, cada uno en su ámbito, esta dimensión de su genio y de su santidad.

En su presentación a una selección de trabajos de Chesterton publicados en Milán en 1994, el Cardenal Giacomo Biffi, entonces arzobispo de Bolonia, nos decía:

“Gilbert Keith Chesterton ha sido un don hecho a la catolicidad (y a la humanidad entera) directamente de Dios.

Aunque haya aparecido como una ayuda inesperada ofrecida a la Iglesia del siglo XX enfrentada con un mundo hostil y encarnizado contra ella, la iglesia tiene poco que ver con su nacimiento a la fe y a la activa militancia eclesial.

No creció en una familia religiosa y no recibió una formación cristiana en el sentido preciso del término. No fue preparado para su misión apologética por alguna aguerrida

universidad pontificia. Ningún movimiento cultural católico lo ha iluminado. Ninguna asociación dedicada al apostolado lo ha incitado a “la buena batalla”.

Se ha hecho solo. Ha ido simplemente a la escuela de su pura humanidad y ha buscado la verdad con absoluta honestidad intelectual haciendo uso eficaz de aquella razón que los racionalistas se limitaban a venerar. Esto ha sido suficiente para conducirlo “a casa”, esto es a la antigua fe y sabiduría de los padres.

Naturalmente quienes no ignoramos la teología sabemos muy bien que esto ha sucedido en el nivel de la causalidad más profunda por la iluminación y bajo la guía del Espíritu de Dios, el cual, por sorprendente que la cosa pueda aparecer a los intelectuales laicistas, está siempre de parte del ser auténtico y de la recta razón.”

He citado largamente al Cardenal Biffi porque pienso que sus palabras confirman y fundamentan lo que vengo de afirmar acerca de la genialidad y santidad de Chesterton.

Terminada esta introducción pasaré a desarrollar mi tema, al que dividiré en dos partes: 1) “Racionalismo y locura”; 2) “Ángeles, Demonios y Salud Mental “. En la primera retomaré el tema de mi viejo trabajo sobre “Chesterton y la locura”. Pese a los años transcurridos lo sustancial de sus afirmaciones debe ser mantenido junto con las necesarias correcciones de lugar y de tiempo. En la segunda parte desarrollo un tema que se me ha ido imponiendo de manera creciente en mi práctica profesional y en las intuiciones, estudios y reflexiones que ella suscita. Nuevamente, la amistad de Chesterton ha sido decisiva en esta parte de mi trabajo y de mi vida.

I. RACIONALISMO Y LOCURA

“La locura es, en suma, la razón sin raíces, la razón que opera en el vacío”

Chesterton, *Ortodoxia*

Cuando hace treinta años trabajé sobre Chesterton y la locura quedé admirado de la potencia de su realismo metafísico y de la consiguiente penetración y lucidez de su crítica cultural. Hemos tenido la gracia en la Argentina de haber sido formados por un gran maestro de la filosofía realista, que la bondad de Dios quiso traer a nuestra patria desde la suya, Eslovenia, después de la segunda guerra mundial. Emilio Komar.

Komar, también dotado de dones excepcionales, centró sus estudios en la investigación del racionalismo moderno y en una muy vasta tarea de discernimiento de las más diversas situaciones de la cultura de nuestro tiempo a la luz de la sabiduría cristiana. () Como en Chesterton, domina en Komar el aliento de un poderoso realismo metafísico cristiano, en la escuela de lo que Juan Pablo II denominó “tomismo existencial” de Etienne Gilson. Komar nos ayudó a valorar la deslumbrante intuición metafísica del realismo de Chesterton presente en el tema que hoy nos ocupa en su visión de las relaciones entre racionalismo y locura.

Jorge Luis Borges, en un artículo publicado en la revista “Sur” en 1936, año de la muerte de Chesterton, decía: “Pienso que Chesterton es uno de los primeros

escritores de nuestro tiempo y ello no sólo por su venturosa invención, por su imaginación visual y por la felicidad pueril y divina que traducen todas sus páginas, sino por sus virtudes retóricas, por sus puros méritos de destreza” Pero Chesterton al ser indudablemente uno de los primeros escritores de nuestro tiempo es, a la vez, uno de sus más formidables testigos. Se sumerge intrépido y alegre en su realidad y desentraña de ella, como decía Ortega, su norma y su enormidad poniéndolas al descubierto con chisporroteante ingenio, irresistible sensatez y exaltada poesía. Pues bien, Chesterton se ocupó en reiterados y siempre centrales momentos de su obra de la locura, de la locura insita en los entresijos vivientes, palpables y cotidianos de su cultura, de nuestra cultura.

Chesterton va a descubrir la locura en el reducto de lo que pretende ser la sensatez y la cordura de nuestro tiempo: el racionalismo. Y conviene recordar en este punto a aquel compatriota de Chesterton al que nos hemos referido anteriormente, Ronald Laing. En aquella época, la espectacular difusión de la obra de este último parecía corresponderse con un sorprendente eclipse de la del primero. ¡Y cuán sabrosa y aleccionadora resultaba su comparación! De racionalista, Laing se transforma bruscamente en un impetuoso reivindicador de la mística psicodélica. Su rebelión contra el racionalismo es, sin embargo, superficial. No se detiene a comprender y a criticar sus supuestos. Se limita, simplemente, a exaltar su contraparte irracionalista, a equiparar la locura con la mística y con la poesía, y a proponer como remedio a una supuesta excesiva inmersión del yo en el mundo externo una antitética disolución, un azaroso sumergirse de éste en la confusa e incierta geografía de un abismal mundo interno. Laing es un buen escritor pero su atmósfera es sombría su tono agrio, su discurso dislocado. Me divierte pensar en el contundente y regocijante artículo con que nos hubiera regalado Chesterton si hubiese conocido la obra de Laing. Porque lo que hace Chesterton es precisamente contraponer netamente al poeta y al místico con el loco y atribuir la locura de éste a la exaltación de una razón, insensatamente desvinculada de su objeto propio. Véase como demuele además, zumbona y definitivamente, a los panegiristas de la locura: “Es cierto que algunos hablan ligera y sueltamente de la locura como atractiva en sí misma. Pero una rápida reflexión nos mostrará que si la enfermedad es hermosa es, generalmente, la enfermedad de algún otro. Un ciego puede ser pintoresco, pero se requieren dos ojos para ver la pintura. Similarmente, aún la más salvaje poesía de la locura puede sólo ser disfrutada por el sano. Para el loco su locura es enteramente prosaica porque para él es enteramente cierta. Un hombre que se cree un pollo es para sí mismo tan trivial como un pollo. Un hombre que se cree un trozo de vidrio es tan aburrido para sí como un trozo de vidrio. Es la homogeneidad de su mente la que lo hace aburrido y la que lo hace loco”

En innumerables pasajes de sus novelas, ensayos y cuentos aparece, fresca y desafiante, esta contraposición que busca zaherir uno de los más socorridos lugares comunes contemporáneos. Un libro entero, *The poet and the lunatics*, tiene origen en ella, pero, como señala acertadamente Gustavo Corção, es en los capítulos de *Ortodoxia* donde ella alcanza su más madura y feliz expresión

“Muchos de los poetas verdaderamente grandes fueron no solamente equilibrados sino también dotados de sentido práctico, y si Shakespeare fue realmente vendedor de caballos ello sucedió porque seguramente era un hombre capacitado para hacerlo. La imaginación no engendra la insanía, lo que engendra la insanía es exactamente la razón. Los poetas

no enloquecen, pero los jugadores de ajedrez, esos sí enloquecen. Los matemáticos y los contadores, a menudo se vuelven locos, los artistas creadores, muy raramente. No pretendo, como se verá, atacar a la lógica, quiero apenas señalar que ahí, en la lógica, y no en la imaginación, es donde está el peligro. La paternidad artística es tan saludable como la paternidad física. Es digno de señalarse además que, cuando un poeta fue realmente mórbido, esto se debió comúnmente a que tenía algún punto débil de racionalismo en su cerebro. Poe, por ejemplo, era realmente un mórbido, no por ser poeta, sino por ser excesivamente analítico”.

Quede claro para los que no están familiarizados con el estilo de Chesterton, lleno de hipérbolos y de inesperadas contraposiciones paradójicas, que, como él mismo lo señala en el párrafo transcrito, no es la razón sino el racionalismo lo que denuncia. La locura que se complace en recordar y en describir es la locura razonante del paranoico, blanca, nítida, impecable e imbatible dentro de su cerrada sistematización. Ella le permite poner el dedo en la llaga, en nudo mismo de la sinrazón de la cultura moderna, extraviada en su empecinado intento de centrarlo todo en una razón vuelta sobre sí y fatalmente desvinculada de la fuente de verdad, y de misterio, que le llega de las cosas:

“El loco no es el hombre que ha perdido su razón. El loco es el hombre que ha perdido todo, excepto la razón”.

“La locura es, en suma, la razón sin raíces, la razón que opera en el vacío”

Las formas irracionalistas del enloquecer le interesan menos para su empresa polémica; en sus ejemplos distingue certeramente, por otra parte, y como acabamos de escuchar con respecto a Poe, la presencia más o menos embozada de una exaltación racionalista.

“La poesía es sana porque fluctúa a placer en un mar infinito, la razón en cambio, trata de atravesar el mar infinito haciéndolo finito. El resultado de todo esto es un agotamiento mental (...). Aceptar todas las cosas es un ejercicio, pero comprender todas las cosas es un frenesí. El poeta desea solamente la exaltación y la expansión, un mundo donde poder distenderse. Él pide, solamente, introducir su cabeza en los cielos. Es el lógico el que busca introducir los cielos en su cabeza. Y es su cabeza la que estalla”.

Tocamos aquí una de las ideas claves de Chesterton:

“Mientras tenéis el misterio, tenéis la salud, cuando destruíis el misterio, creáis la insanía”.

El misterio es el signo de la realidad recobrada en un acto de salud del espíritu. Su aceptación y su experiencia son las arras de esta reconciliación, de estas nupcias, que debemos cuidar y renovar cada día, entre la inteligencia y su objeto. Corção nos recuerda en este punto a Maritain: “el ‘misterio’ es una plenitud ontológica a la cual la inteligencia se une vitalmente y en la que se hunde sin agotarla”. El misterio no es la negación de la inteligencia; es, a un tiempo, el reconocimiento de sus límites y el de

sus posibilidades de indefinida expansión. Surge de un acto de humildad y de docilidad que está en las raíces de su enorme potencial de salud:

“El hombre común ha sido siempre sano porque el hombre común ha sido siempre un místico. Ha permitido el claroscuro. Ha tenido siempre un pie en la tierra y otro en el país de las hadas. Se ha preocupado siempre más por la verdad que la consistencia. Se vio dos verdades que parecían contradecirse, asumió ambas, y la contradicción de ellas. Su visión espiritual, como su visión fisiológica, es estereoscópica: ve dos imágenes diferentes a la vez y por eso mismo ve mejor”.

El rechazo del misterio constituye un acto de soberbia y de negación. Negación de la contextura infinita e inagotable inteligible de lo real, negación de la capacidad de la inteligencia para penetrar en su intimidad esencial. La mente del loco, como la del racionalista sistemático, se mueve según Chesterton en un círculo perfecto pero estrecho:

“... la más fuerte e inequívoca señal de la locura es esta combinación de perfección lógica y de estrechez espiritual”.

Así como el círculo es para Chesterton el símbolo del racionalismo y de la locura, la cruz lo es, a un tiempo, del misterio y de la salud:

“Pues el círculo es perfecto e infinito en su naturaleza, pero está fijado para siempre en su tamaño, jamás podrá crecer o disminuir. La cruz, en cambio, aunque tiene en su corazón una colisión y una contradicción, puede extender siempre sus cuatro brazos sin alterar su forma. Porque tiene una paradoja en su centro puede crecer sin cambiar. El círculo retorna sobre sí mismo y está atado. La cruz abre sus brazos hacia los cuatro vientos, es una señal de caminos para viajeros libres”.

El racionalismo acepta de la realidad sólo datos sensibles puntuales, “verificables”, es decir, medibles, cuantificables. A partir de ellos actúa combinatoriamente para explicarlo todo, lo que quiere decir construirlo todo, edificando universos hechos a su imagen y semejanza donde todo es claro y, fundamentalmente, manipulable. Estamos frente al sistema y a la ideología con su germen central de locura que lo lleva inexorablemente, y como tan abundante y dolorosamente lo prueba la historia contemporánea, a la violencia y a la opresión de toda la realidad natural. La claridad aparente del sistema es la sombría luz que ilumina la casa de los locos, aquella fantástica mansión “donde brilla la estrella fija de la certeza”, donde los hombres “creen más colosalmente en sí mismos que Napoleón o Cesar”. La oscuridad del misterio brota, en cambio, de un exceso de luz:

“El lógico mórbido procura tornarlo todo lúcido y consigue tornarlo todo misterioso. El místico permite que una cosa sea misteriosa y todo se torna lúcido. La única cosa creada que no podemos mirar, es aquella en cuya luz vemos todas las cosas. Como el sol al mediodía, el misterio aclara todas las cosas por el fulgor de su victoriosa invisibilidad. El intelectualismo aislado es como una claridad de luna, porque es una luz sin calor reflejada por un mundo muerto. Los griegos tenían razón cuando hicieron a Apolo dios de la

imaginación y de la salud, pues era, al mismo tiempo, patrono de la poesía y de la medicina. Hablaré más adelante de un credo especial y de los dogmas necesarios. Pero ese trascendentalismo por el cual todos los hombres viven, tiene, primariamente, algo de la posición del sol en el firmamento. Tenemos conciencia de él como de una espléndida confusión: es algo brillante e informa, al mismo tiempo resplandor y mancha. Pero el círculo de la luna es tan claro e inequívoco, tan recurrente e inevitable como el círculo de Euclides en un pizarrón. Porque la luna es enteramente razonable y la luna es madre de los lunáticos y a todos ellos dio su nombre”.

Resulta significativo que la epidemia que en aquel momento soportamos de uso y abuso del término “alienación” para calificar una forma de cultura –y reducir a esto toda la clínica psiquiátrica- no haya tenido en cuenta, no haya ni siquiera tomado nota, de la denuncia, mucho más lúcida, profunda y revolucionaria de Chesterton. Los más serios y responsables críticos actuales del racionalismo iluminístico, los brillantes teóricos de la escuela de Frankfurt, Horkheimer, Adorno y Marcuse, tampoco lo recuerdan hasta donde alcanzan mis noticias. ¡Y cuánto más robusta! ¡Cuánto más pacificadora! es la alegre y denodada crítica de Chesterton. Chesterton no sólo critica con afinada puntería (cosa que hace la escuela de Frankfurt) sino que propone permanente mente remedios (cosa que esta no hace). La denuncia de la locura es siempre en Chesterton la más inolvidable lección acerca de la cordura. “He descrito con extensión mi visión de loco por esta razón: el loco me afecta precisamente de la misma manera en que me afectan la mayoría de los pensadores modernos” (pág. 25). “...podemos decir que las más características de las filosofías en boga tienen no sólo un toque de locura, sino un toque de locura suicida”(pág. 50) Los desvaríos racionalistas, difundidos hoy día en la dilatada extensión de la cultura de masas, multiplicados y reiterados hasta la pesadilla por los medios masivos de comunicación, vuelven particularmente cierto aquel lugar común acerca del sentido común: “el menos común de los sentidos”. Chesterton nos insufla a lo largo de toda su obra un soplo poderoso y vivificante de sentido común. Volver a sus páginas constituye por ello una experiencia siempre refrescante para nuestras cansadas mentes, atiborradas de tanto despropósito. Qué podemos sentir sino, pobres hombres modernos, qué podemos sentir sino alivio, y agradecimiento, ante, por ejemplo estos límpidos versos de su *Eclesiastés*:

“Hay un pecado: decir que es gris una hoja verde,
Y se estremece el sol ante el ultraje,
Una blasfemia existe: el implorar la muerte,
Pues sólo Dios conoce lo que la muerte vale.
Y un credo: no se olvidan de crecer las manzanas
En los manzanos, nunca, pase lo que nos pase,
Hay una cosa necesaria: todo,
El resto es vanidad de vanidades”.

II. ANGELES, DEMONIOS Y SALUD MENTAL

Voy a ocupar ahora una parte del tiempo que se me dispensa con el relato de un episodio de mi vida familiar que dejó hondas huellas en mi persona y que entiendo puede servir de introducción al tema de esta segunda parte de mi exposición.

El padre Julio Suárez era hermano de mi abuela paterna. Mi familia es por los cuatro costados uruguayo (u “oriental” como prefieren llamarse) y el padre Julio es un personaje inolvidable de este orbe familiar. En los comienzos del novecientos la mayoría de los varones eran agnósticos o no practicantes, muchos masones. El padre Julio se había recibido de arquitecto en la “École de Baux Arts” de París e integraba un grupo de amigos de Montevideo y Buenos Aires que vivían una vida mundana, al estilo de aquella época. Viajó una vez más a Europa y allí lo sorprendió, en 1914, la primera guerra mundial. De esta experiencia volvió, para asombro de todos y en especial de sus amigos, que nunca terminaron de comprender su sorprendente cambio, convertido en sacerdote católico. Era un mosca blanca dentro de esa familia y ese ambiente. Tuvieron que pasar dos generaciones para que la familia se viera bendecida con varias vocaciones sacerdotales. Fue un sacerdote ejemplar entregado a las obras de misericordia y una suerte de capellán de su vasta familia radicada en Montevideo, Buenos Aires y el Sur de Brasil, a la que recorría y visitaba, a nosotros por lo menos una vez al año. Para los niños y jóvenes su visita era una verdadera fiesta. Era una persona de conversación fascinante en la que afloraban naturalmente su gran cultura y experiencia de vida, dominaba varios idiomas. Una parte infaltable de esta conversación era el relato de lo que el llamaba “milagritos”, episodios de la vida cotidiana de los que era testigo y en los que hacía resplandecer la presencia admirable de la providencia de Dios. Los niños y sus anécdotas eran otro capítulo infaltable de su conversación. Las tertulias terminaban siempre con el Padre Julio sentado al piano, instrumento que pulsaba con maestría y hondo sentimiento.

Una vez, que recién después supimos que era la última, el Padre Julio no tocó el piano. En un aparte de la conversación familiar le pregunté porqué. Me respondió: “se que el Señor va a llamarme y me estoy preparando, renunciando a cosas que me gustan y de las que a veces me envanezco”. Y continuó: “Tu eres el mayor de mis sobrinos nietos y sé que estás en condiciones de escuchar dos cosas muy importantes que te quiero transmitir: la primera es que el demonio existe; la segunda, que yo soy sacerdote gracias al demonio”. Y pasó a relatarme su historia. Él y el grupo de amigos al que me referí antes cayeron en la enfermedad propia de esa época, el tedio, el spleen, l’ennui. Para aliviarlo comenzaron a hacer sesiones de espiritismo, otra moda de la época, como juego social. Sentados a la mesa, invocando espíritus, experimentaron en una ocasión la presencia entre ellos de algo o alguien siniestro que los llenó de terror. Julio sintió como si una mano helada lo tocaba en la nuca y quedó estremecido. A partir de esta experiencia comenzaron a suceder cosas siniestras entre el grupo de amigos. Uno le quitó su mujer a otro, más adelante, dos disputaron agriamente, uno retó a duelo al otro y lo mató. El sentimiento de lo siniestro que los había invadido le resultó insoportable a Julio y decidió irse a Europa.

El vapor que lo llevaba hacía escala en Recife, Brasil, y Julio debió pasar la noche en un hotel. Tendido en la cama, sintió de golpe, en el sombrío cuarto, la misma presencia siniestra, con su frío en la nuca, de la que venía huyendo. El espanto lo paralizó y sólo atinó a quedarse rígido, boca arriba, cubierto por las sábanas. En ese mismo instante la tapa de vidrio esférica que cerraba el botellón de agua colocado en la mesa de luz se arrancó de su sitio y comenzó una verdadera danza infernal, rebotaba en la paredes, en el piso, hasta en el techo, y su pánico se volvió indecible, paralizándolo por completo. No sabe como ni cuando cesó esta atroz experiencia. Pero ella significó la culminación de algo, como una oscura revelación, que conmovió su vida hasta sus más hondos cimientos.

Llegado a Francia, lo sorprendió el estallido de la primera guerra mundial y, movido por una clara e irresistible moción, se ofreció como voluntario enfermero. Lo hizo como camillero en las trincheras. Sabemos, por incontables documentos, las características horribles del drama que allí se desarrolló. “Y en medio de todo esto, - me dijo con emoción el Padre Julio- me alcanzó Cristo. Me alcanzó y me golpeó con tal fuerza que supe, con certeza definitiva, que a partir de ese momento iba entregar enteramente mi vida a Él como sacerdote.”. Ni bien pudo terminar con su compromiso de voluntario se retiró al famoso monasterio de la Gran Cartuja, en lo Alpes, para profundizar delante del Señor su decisión. “ Y allí el Señor me visitó – continuó diciéndome con delicado pudor- con experiencias extraordinarias, pero de signo exactamente opuesto a las que me habían ayudado a llegar allí “. El Padre Julio terminó su testimonio diciéndome: “Pero, para que veas hasta que punto llega la debilidad de nuestra naturaleza humana, te cuento lo siguiente: estaba como viviendo en el cielo, lo tocaba con las manos, y sin embargo no podía resistir a la necesidad de tomar un café. Para lo cual tenía que salir y recorrer varios kilómetros bajo la nieve y el viento helado para procurarme uno”.

Esta confidencia testamento ha tenido, como dije, una influencia honda en mi vida y ha sido un punto de referencia y de anclaje firme frente al vaivén caprichoso de las ideologías que se disputaban la moda del momento. Cuando leí su admirable Autobiografía y las principales biografías que comentaban ese momento crucial de la vida de Chesterton, me asombró el paralelismo entre las vicisitudes de ese período negro de su juventud, que precedió al alumbramiento de su actitud fundamental frente a la vida y a su vocación de escritor, y el relato de mi querido tío. La misma época, las mismas experiencias de tedio, de confusión y extravío. Las mismas modas culturales, el espiritismo entre ellas, a las que se recurre como juego para calmar un intolerable vacío sin saber que se está jugando con fuego. Y, sobretodo, la experiencia ccntral de la realidad del demonio y su accionar en la mente, el corazón y el obrar de las personas. El mismo indeleble horror que acompaña esta experiencia y la misma conciencia agradecida frente a la ayuda de Dios que interviene para salvarlos y transformar lo que era una amenaza cierta de destrucción en oportunidad de encuentro con su realidad más profunda y con su vocación.

En el Capítulo IV de su *Autobiografía* (“How to be a lunatic”) , Chesterton relata con acentos vívidos y singular profundidad su pasaje a través de una grave crisis en la que se unieron la experiencia de la realidad del Demonio, de la realidad objetiva del Pecado y la amenaza de la locura:

“A muy temprana edad tenía mi pensamiento vuelto sobre el pensamiento mismo Hacer esto es una cosa muy terrible; porque puede llevar a pensar que no hay nada sino pensamiento. En ese tiempo no distinguía muy claramente entre el sueño y la vigilia; no solo como un estado de ánimo, sino como una duda metafísica, yo sentía como si todo pudiera ser un sueño. Era como si yo mismo hubiera proyectado el universo desde dentro, con todos sus árboles y estrellas; y esto está tan próximo a la noción de ser Dios que está manifiestamente aún más próximo a volverse loco. Y sin embargo yo no estaba loco en ningún sentido médico o físico; estaba simplemente llevando el escepticismo de mi época tan lejos como podía ir. Y pronto me encontré que había ido mucho más lejos que lo que

la mayoría de los escépticos van. Cuando obtusos ateos venían a explicarme que no había nada sino materia, yo los escuchaba con una suerte de calmo horror de indiferencia sospechando que no había nada sino mente. (...) El ateo me decía tan pomposamente que no había ningún Dios; y había momentos en que yo no creía aún que hubiera un ateo. “

Después de describir lo que él llama “extremos mentales” pasa a los “extremos morales”:

“De cualquier manera es cierto que hubo un tiempo en que había alcanzado esa condición de anarquía moral interior, en la cual un hombre dice, en palabras de Wilde, ‘Atis con el cuchillo manchado de sangre era mejor que la cosa que soy. (...), yo podía imaginar en esa época las peores y más salvajes desproporciones y distorsiones de una pasión normal; el caso es que la totalidad del estado de ánimo estaba subyugado y oprimido por una suerte de congestión de la imaginación. Como Bunyan, en su período mórbido, se describe como impulsado a proferir blasfemias, yo tenía un impulso irrefrenable a registrar o dibujar horribles ideas e imágenes; hundiéndome cada vez más profundamente como en un ciego suicidio espiritual. De cualquier manera el caso es que cavé muy abajo, lo bastante como para descubrir el demonio; y aún, en alguna manera confusa, reconocer el demonio”.

Chesterton concluye el párrafo citado con las siguientes, iluminadoras, palabras:

“Por lo menos, nunca, aún en este primer vago y escéptico estadio, consentí en complacerme en los argumentos corrientes acerca de la relatividad del mal o de la irrealidad del pecado. Quizá, cuando eventualmente emergí como una suerte de teórico, y fui descrito como un Optimista, fue porque era una de las pocas personas en ese mundo de diabolismo que realmente creía en los demonios.” (A, pag 92,.93)

Esta última reflexión de Chesterton me conduce inevitablemente a las dos importantes verdades que me entregó mi tío Julio: “el demonio existe” y “yo soy sacerdote gracias al demonio”. También me remite al mensaje del último libro de Juan Pablo II, “Memoria e identidad”. Meditando sobre la terrible experiencia de las que llama “las dos ideologías del mal”, el nazismo y el comunismo, que asolaron su patria y el mundo durante el siglo XX, el entonces Papa se abisma en la contemplación del misterio del gobierno providencial de Dios, Señor de la Historia y respetuoso de la libertad de sus criaturas, los hombres. Dios permite el mal y, al mismo tiempo parece ponerle siempre un límite:

“En efecto, en determinadas circunstancias de la existencia humana parece que el mal sea en cierta medida útil, en cuanto propicia ocasiones para el bien. ¿Acaso no fue Johan Wolfgang von Goethe quien calificó al diablo como: “*in Teil von jener Kraft, die stets das Böse Hill und stets das Gute schafft*” una parte de esa fuerza que desea siempre el mal y que termina haciendo siempre el bien?(). Por su parte San Pablo exhorta a este respecto: “No te deje vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (Rm 12,21). En definitiva, tras la experiencia punzante del mal se llega a practicar un bien más grande.” (“Memoria e identidad”, Planeta, 2005, pag. 29)

La experiencia del demonio fue preparada en Chesterton, como vimos, por las sesiones espiritistas con su hermano Cecil, por su trabajo en una editorial esotérica, pero, sobretodo, por su inmersión en la atmósfera deletérea de pesimismo y confusión, propia del escepticismo decadente que lo rodeaba, en un momento crítico de su vida. Tanto en la escuela de arte a la que concurría como en la editorial esotérica donde trabajaba tuvo oportunidad de encontrarse con personas dominadas por ese espíritu, algunas francamente diabólicas (nota "The Diabolist", M, Ward, Aleister Crowley, Ferro). Hablando de esta experiencia nos dice:

"Pero no estoy orgulloso de creer en el Demonio. Para decirlo de una manera más correcta, no estoy orgulloso de conocer al demonio. Trabé conocimiento con él por mi propia falta; y lo seguí a lo largo de líneas que, de haber sido seguidas más allá, podían haberme conducido al culto del demonio o al demonio sabe que". (A, 81)

Refiriéndose a sus experiencias de jugar invocando a los espíritus con su hermano Cecil, observa con agudeza:

"Vi de manera harto suficiente la cosa como para poder atestiguar, con completa certeza, que algo sucedía que no era en el sentido ordinario natural, o producida por una voluntad humana normal y conciente. Si se producía por una fuerza subconsciente pero todavía humana, o por algunos poderes, buenos, malos o indiferentes, que son externos a la humanidad, no puedo intentar decidirlo por mi mismo. La única cosa que puedo decir con completa seguridad, acerca de este poder místico e invisible, es que dice mentiras. Las mentiras pueden ser travesuras o pueden ser tentaciones para el alma en peligro o mil otras cosas; pero cualquier cosa que sean, no son verdades acerca del otro mundo; o, si de esto se trata, acerca de este mundo." (A 82)

El demonio es esencialmente un mentiroso y padre de la mentira. El efecto devastador de sus engaños se manifiesta de las más diversas maneras en la cultura de nuestro tiempo y dentro de ella, en mi disciplina, la Psiquiatría. La impresionante masa de conocimientos de todo tipo puestos al servicio de su cometido oscurece un hecho fundamental: se pretende ayudar al hombre enfermo, y enfermo en una de sus dimensiones fundamentales, la salud mental y emocional, dejando de lado el elemento constitutivo central de su realidad: su relación con Dios. Y esta relación es un hecho empírico de primera magnitud comprobable y verificable en todos los momentos, en todas las épocas, en todas las culturas. En nuestras culturas cristianas un profesional de la psiquiatría o de la psicología no puede, por ejemplo, olvidar la afirmación rotunda de la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, tanta veces recordada por Juan Pablo II: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (22).

Cuando aceptan la existencia de un mundo interior, la psiquiatría y la psicología, en particular las denominadas psicologías profundas, buscan métodos para adentrarse en el corazón humano y describir las realidades, fuerzas y conflictos que en él encuentran.

Resulta igualmente sorprendente que estudiosos y profesionales cristianos -y no cristianos-, dejen de lado, además de la relación con Dios, el hecho empírico no menos comprobable y fundamental de la presencia y acción en el interior del hombre de las personas espirituales benéficas y maléficas, ángeles y demonios, que luchan por su corazón y se constituyen en actores importantísimos en el drama de su conflicto interior sin los cuales este no sería comprensible.

La experiencia de la realidad del demonio y su accionar está atestiguada por Chesterton a lo largo de toda su obra con toda la fuerza y la elocuencia de su genio literario y religioso. Está igualmente presente en el relato sencillo de mi tío sacerdote. La experiencia de la realidad y del decisivo accionar de los ángeles, y en particular nuestro ángel custodio, está igualmente demostrada en el desenlace venturoso del combate en ambas crisis. Y este es un hecho que comprueba diariamente el psiquiatra en su tarea. Los ejemplos abundan por esto pero no puedo detenerme en ellos porque alargarían innecesariamente esta exposición. De allí el título de esta parte de ella, “Ángeles. Demonios y Salud Mental”.

La experiencia de la realidad del Demonio y su accionar ha sido abrumadora en nuestro tiempo. Pero frente a ella, menos estridente y mucho más elocuente, se alza la del poder victorioso de Dios, la Virgen, sus ángeles y sus santos. La devoción a nuestro Ángel Custodio ha experimentado un considerable y misterioso crecimiento. Grandes santos la promueven. La popularidad mediática del tema de los ángeles con sus groseras deformaciones tipo “New Age” es a mi juicio una señal inequívoca de la desesperación del Demonio frente a aquél hecho, que derrota sus engaños. Como siempre, pretende anticiparse deformando para confundir.

La tecnología médica ha abierto un escenario insospechado para la observación de experiencias de lo que sucede en la vida después de la vida. Aparatos cada vez más perfeccionados monitorean la evolución de los signos vitales de pacientes graves o terminales en las unidades de cuidados intensivos. Esto ha permitido investigar a pacientes que habiendo caído en una situación de muerte clínica son recuperados y vuelven “del otro lado”. Cuentan por miles las observaciones de estos hechos documentados y clasificados como “NDE.”(*Near Death Experiences*). A partir de las publicaciones pioneras de Raymond Moody (“Vida después de Vida”) estas publicaciones, hechas en su mayoría por médicos y especialistas de reconocido prestigio, se han vuelto incontables. Interesa el hecho de la reiteración de un patrón clásico de estas experiencias en personas de todas las edades, clases, razas, nacionalidades y culturas que se corresponden, por otro lado, con las celosamente atesoradas en las tradiciones de la grandes religiones. La presencia de seres luminosos, Cristo en primer lugar, ángeles y en especial el ángel custodio, es llamativamente frecuente. Una recopilación muy completa de estos nuevos hechos, correlacionados con los de la milenaria tradición de la Iglesia, la podemos encontrar en un fascinante volumen de un periodista francés, Pierre Jovanovic, “¿Existen los ángeles de la guarda?”. Jovanovic comenzó la notable aventura que lo llevó a escribir este libro a partir de una experiencia que selló su vida. Como periodista científico de “Le Quotidien” , conocido diario francés, fue a realizar una entrevista a uno de los magos de la informática en el legendario “Silicon Valley”, en California. Al volver por la autopista en un coche alquilado una fuerza repentina, que no era suya, lo arrojó sobre el conductor, a cuyo lado viajaba, a tiempo que una bala de fusil destrozaba el parabrisas en el lugar preciso que él ocupaba. El recuerdo del ángel de la guarda de su

infancia emergió de su memoria pero lo rechazó de inmediato como algo precisamente infantil y sin sentido. Pero su ángel no lo abandonó imponiéndose gradual e irresistiblemente a su espíritu llevándolo a su esforzada investigación y acompañándolo a lo largo de la misma, trayecto en el que encontró a Cristo y a la fe de su infancia.

Vamos, para terminar, volver a Chesterton y su biografía para aplicar a ese momento decisivo de ella –la grave crisis de su juventud, ya comentada, las luces que puede aportar una sana, y por ello humilde, sabiduría psiquiátrica.

La crisis de Chesterton es una crisis propia del final de la adolescencia, la crisis de la identidad o de la originalidad juvenil, como la llama Maurice Debesse. La clínica psiquiátrica señala la intensidad que puede adquirir esta crisis de acuerdo a las personalidades involucradas en ella y a su historia y advierte sobre el riesgo de confundir algunas de estas crisis con episodios psicóticos (por ejemplo, con la esquizofrenia). La personalidad fuera de lo común de Chesterton, su genialidad, su extraordinaria imaginación y sensibilidad, nos orientan respecto al carácter singularísimo de su crisis juvenil. En esta crisis, los cambios somáticos y espirituales, íntimamente entrelazados, preparan al adolescente para la ardua tarea de decidir *quién* y *qué* quiere ser en la vida, “primer momento reflexivo de la determinación” la llama Charlotte Bühler. El adolescente debe asumir la responsabilidad por la propia vida, frente a si mismo y frente a Dios, frente a los otros, frente al universo de valores y a la sociedad. Tiene que tener el coraje de ser el mismo y no otro y asumir la obediencia frente a un orden libremente consentido (Guardini) Las tensiones y exigencias a las que se ve sometido pueden ser muy grandes y alterar severamente el equilibrio de su persona. Hemos visto como Chesterton se refiere a esta crisis en sus escritos autobiográficos describiendo su experiencia del Demonio y la amenaza de la locura. Pero también describe su salida de la crisis y los frutos que de ella se derivaron, estos son por un lado únicos y por otro paradigmáticos de estas crisis existenciales.

El componente melancólico en estas crisis es muy importante, Podemos comprenderlo siguiendo la magistral meditación de Romano Guardini:

“la melancolía es la inquietud que provoca en el hombre la proximidad de lo eterno.”

“Hay una melancolía buena y una mala”.

Es buena la que precede a un alumbramiento de lo eterno. Es la pena interior causada por la proximidad de lo eterno urgido por realizarse. Es una invitación efectiva y constante-aunque no sea experimentada concientemente- a acoger en la vida personal el infinito que pueda contener, a expresarlo por sus pensamientos por sus actos. La invitación se hace particularmente apremiante cuando el tiempo ha llegado, cuando se aproxima la hora, cuando es necesario tomar una decisión, llevar a buen puerto una obra, cuando una nueva fase en el devenir viviente del hombre, cuando un nuevo abrirse paso de la forma espiritual interior debe cumplirse. Tal creación, tal desarrollo nacen de una pena interior, Ésta es al mismo tiempo el sufrimiento de una plenitud que no encuentra salida, porque representa la angustia de la vida ante las exigencias que le plantea el alumbramiento de lo que quiere tomar forma en ella. La vida siente que debe resignarse, abandonar la seguridad que antes gozaba. Algo debe morir para que otra cosa nazca.

Esta creación, este desarrollo, son ascensiones, puntos culminantes en los que la vida se entrega al extremo. Evidentemente no son alcanzados si antes no se ha pasado por el punto más bajo.” (pag. 82-83)

La mala melancolía surge en cambio de la no aceptación, del bloqueo y parálisis de lo que tenía que ser realizado. Kierkegaard () es una fuente de estas consideraciones de Guardini lo mismo que de las de Víctor Emil von Gebattel, el gran psiquiatra fenomenólogo alemán, quien al estudiar el estado interior de las personas que han caído en la esclavitud de las adicciones nos dice:

“Sucede que obras artístico-espirituales, llenas de sentido y completamente válidas han sido precedidas por estados de vacío casi insoportables en su creador (...). En estos casos, la creación es la forma de erupción de capas más profundas de una personalidad, cuya falta de comunicabilidad se experimenta como vacío.” (pag. 285)

Hemos saboreado el extraordinario talento de Chesterton. para contarnos los momentos negros de su crisis juvenil: la experiencia del demonio y la amenaza de la locura, más precisamente, de una pérdida creciente del contacto con la realidad de las cosas y de la realidad de sí mismo a través de llevar el pesimismo decadente de su ambiente cultural hasta sus últimas consecuencias. Pero en este mismo inolvidable capítulo describe al mismo tiempo, y con igual maestría, su salida de la crisis:

“Cuando había estado un cierto tiempo en esas, las más oscuras profundidades del pesimismo contemporáneo, tuve un fuerte impulso interior a rebelarme, a desalojar este íncubo o arrojar fuera esta pesadilla. Pero como todavía estaba pensando la cosa sólo por mi mismo, con poca ayuda de la filosofía y ninguna ayuda real de la religión inventé una teoría mística propia, rudimentaria y provisoria. Era sustancialmente esta: que aún la mera existencia, reducida a sus límites más primarios, era suficientemente extraordinaria como para ser excitante. Cualquier cosa es magnificante comparada con nada.(...) Estaba suspendido a los restos de la religión por un delgado hilo de gratitud. (...) Detrás de nuestros cerebros, para así decirlo, hay una olvidada llamarada o estallido de asombro frente a nuestra propia existencia. El objeto de la vida artística y espiritual es ahondar buscando ese sumergido amanecer de maravilla; de manera tal que un hombre sentado en una silla pueda repentinamente comprender que está realmente vivo, y ser feliz.” (pag.92-95)

En la torturante batalla interior, “en las mas oscuras profundidades del pesimismo”, se ha producido una opción, “un fuerte impulso interior a rebelarse, a desalojar el íncubo, a arrojar fuera la pesadilla”. Da a luz entonces, según sus palabras, a “una teoría mística propia, rudimentaria y provisoria”. Al escucharlo, nos damos cuenta que estamos frente al núcleo esencial de todo su pensamiento y de toda su obra. Se le ha concedido una visión y sabemos, de acuerdo las palabras ya citadas del Cardenal Biffi, que “a nivel de la causalidad más profunda esto ha sucedido por la iluminación y bajo la guía del Espíritu de Dios”

Esta iluminación le revela cual es su vocación:

“Esta es sólo una parte necesaria de la narrativa en cuanto envuelve el hecho que, cuando comencé a escribir, estaba lleno de una nueva y apasionada resolución de escribir contra los Decadentes y los Pesimistas que dominaban la cultura de la época.

“ (...) “pero mucho antes que esto (su completa inmersión en el mundo de la literatura) se volvió manifiesto que el centro de gravedad de mi existencia se había desplazado desde lo que (por cortesía) podemos llamar Arte hacia lo que (por cortesía) podemos llamar Literatura.” (pags 91 y 99)

Chesterton nos habla de los primeros frutos creativos de la resolución de su crisis con particular penetración de su significado:

“Así, entre los versos juveniles que empecé escribir en este tiempo había uno, llamado “The Babe Unborn” (El Niño No Nacido”) en el que imaginaba la criatura increada clamando por su existencia y prometiendo todas la virtudes si sólo pudiera tener la experiencia de la vida.”(pag. 95)

Lo referido anteriormente acerca de los estudios de Guardini y von Gebattel sobre la resolución creativa de las crisis de melancolía o de vacío en las adicciones, encuentra una expresión sencilla y rotunda a través del genio de Chesterton. Al hablar enseguida de la “extraordinaria suerte” que lo acompañó en su iniciación en el mundo literario y, en general, en toda su vida, Chesterton está subrayando en realidad el carácter gratuito de la experiencia de la vida como don recibido y llevado a cumplimiento (pag100,101). También en esta época surge la idea de lo que más adelante se concretará en “Hombrevida” (“Manalive”). Y en esta época sale a la luz “El hombre que fue Jueves”.

Resulta significativa la atención que le dedica Chesterton en el final de este capítulo al “Hombre que fue Jueves” : Tiene necesidad por momentos de aclarar algunos aspectos de la misma y de su génesis para evita confusiones y responder a ciertas críticas:

“Se me ha preguntado a menudo que quería significar con el monstruoso ogro pantomímico que fue llamado Domingo en esa historia, y algunos han sugerido, y en un cierto sentido no sin razón, que podía ser entendido como una versión blasfema del Creador. Pero el hecho es que toda la historia es una pesadilla de cosas, no como son, sino como le aparecen a un joven a medias pesimista de los 90; El ogro que parece brutal pero es también crípticamente benevolente no es tanto Dios, en el sentido de la religión o de la irreligión, sino más bien la Naturaleza como aparece al panteísta, cuyo panteísmo está luchando por salir del pesimismo. En tanto cuanto la historia tiene en ella misma algún sentido, se proponía comenzar con una pintura del mundo en lo peor y trabajar hacia la sugestión que la pintura no era tan negra como había sido pintada”.

A continuación viene una reafirmación de su experiencia central y primaria de la realidad del mal que lo lleva a introducir en el final del relato la presencia del Acusador, Lucian Gregory:

“...aún en los primeros días y aún por las peores razones, yo sabía ya demasiado como para pretender sacarme de encima el mal. Introduje al final un personaje que , con completa conciencia, niega y desafía el bien. Mucho tiempo después el Padre Ronad Knox me dijo, en su estilo juguetón , que

estaba seguro que el resto del libro podía ser usado para probar que yo era un Panteísta y un Pagano, y que la Alta Crítica del futuro podía fácilmente mostrar que el episodio del Acusador era una interpolación hecha por sacerdotes.”

Chesterton desestima con gracia esta última hipótesis y vuelve a reafirmar la originalidad y la seriedad de la experiencia juvenil de la que surge su obra:

“Estaba ya entonces enteramente seguro de que podía si lo elegía cortarme de la entera vida del universo. Mi mujer, cuando se le pregunta quien la convirtió al catolicismo, siempre responde, “el Demonio.”(pag.103)

En un artículo publicado en el *Illustrated London News* del 13 de junio de 1936, un día antes de su muerte, Chesterton reitera su argumento: los críticos y lectores malentendieron “*El Hombre Que Fue Jueves*” porque no prestaron atención al subtítulo que calificaba al título, *Una pesadilla*.

Caben algunas reflexiones. La obra no es una pesadilla sino el fruto de la resolución de una pesadilla: la de su grave crisis juvenil. La pesadilla tiene características definidas que la distinguen de otras experiencias humanas. El Diccionario de Webster la define como “sueño aterrador en el cual el soñante experimenta sentimientos de desamparo, extrema ansiedad, aflicción”(). Borges precisa magistralmente esta experiencia en su conferencia *La pesadilla*. Gran poeta, Borges se comporta aquí como consumado fenomenólogo. La cualidad específica de la pesadilla reside en el sentimiento único del *horror* que le es propia y que lo distingue de otras emociones y sentimientos análogos. Con su erudición universal Borges pasa revista a los vocablos correspondiente en los diversos idiomas y a las variadas interpretaciones en distintas culturas y en la historia de nuestra propia cultura. Frente a ellas, en la recapitulación final, Borges nos dice que opta por la interpretación *teológica* que ha conocido, y presentado en la conferencia, en el *incubus* de la tradición cristiana. La pesadilla es la manifestación de una brecha que se abre durante la noche en la pared del infierno. De allí su horror peculiar. En lo más hondo de su crisis Chesterton hace la experiencia, que no lo enorgullece, de la realidad del Demonio y del abismo del mal absoluto que se abre ante sus pies de hombre libre: cortarse por su propia decisión de la entera vida del universo, caer en “el pecado imperdonable de no querer ser perdonado” De estas profundidades surge la fiera resolución de dar batalla sin concesiones enfrentando el incubo mortal del pesimismo que el demonio insufla traicioneramente en el corazón de su cultura. La batalla la dará como escritor, no como artista. Ha descubierto su vocación, su lugar en la lucha a la que todos somos llamados.

El Hombre Que Fue Jueves no es una pesadilla, es una poderosa y deslumbrante creación imaginativa; abigarrada, tumultuosa, por momento críptica, testimonio de aquella “erupción” de capas profundas de la creatividad de la que nos hablaba von Gebattel que se han abierto paso a raíz de la crisis. Presentada como un sueño, se manifiesta con nitidez en él, como en todos los grandes sueños, el secreto y el misterio del destino del hombre en su relación con Dios. Dios nos llama a la aventura de la vida y nos convoca al combate por el bien. Cuantas veces los hombres nos sentimos frente a Él como los personajes del relato, irresistiblemente atraídos, fascinados y, por momentos, perplejos, rebeldes, frente a lo que nos parece incomprensible, insoportable, de las situaciones con las que nos enfrenta. El relato muestra el proceso

trabajoso y doloroso de aproximación a Dios, de hambre por conocerlo, de aceptación del hecho de que su insondable realidad siempre nos supera y desborda. Muestra también un proceso de gradual discernimiento desde un indefinido panteísmo inicial hacia la distinción entre Dios y su creación. La realidad del mal, su delimitación, su presencia y su doloroso sentido irrumpen con la aparición de Gregory, El Acusador. El desenlace final, la *eucatástrofe* como la llama quién podemos considerar uno de los grandes discípulos de Chesterton, Tolkien, es inolvidable,, tanto desde el punto de vista literario como religioso, al que lo literario sirve. El Domingo aparece como Padre bondadoso que llama a sus hijos a participar de su paz en la gran fiesta y en el banquete final, cuidando con delicadeza todos los detalles de su atención. Las referencias bíblicas se suceden, enmarcan el relato y ayudan a descubrir su sentido. Los ropajes con que los inviste y los comentarios que esto suscita, son una imagen conmovedora de la revelación del misterio del hecho único e irrepetible de quienes somos en el encuentro definitivo con Dios y con su mirada. Los sienta en tronos, manifestación de que hemos sido llamados a la vida para ejercer, luego de la prueba, la realeza de esa condición única que se nos ha otorgado en el gobierno, en el servicio y en la alabanza al Creador. Vienen a la memoria, entre tantas cosas que suscita la lectura de este texto, pasajes del libro de la Revelación en los que al vencedor se le dice que será revestido de blanco y se le dará un nombre que no será borrado del libro de la vida (Apoc. 5,4, Iglesia de Sardes) o aquel otro, dirigido a la Iglesia de Pérgamo: “al vencedor le daré del maná escondido y una piedra blanca en la que está grabado *un nombre nuevo* que nadie conoce, salvo aquél que lo recibe (Apoc. 3, 17).

Queda en pie el hecho irrefutable que, a pesar de su aparente oscuridad, *El Hombre Que Fue Jueves* no solo fascina sino que llega con su mensaje a personas de las más diversas edades y generaciones que demuestran con sus respuestas que han comprendido su médula y se han dejado conmover por ella. Chesterton sigue convirtiendo el corazón de las gentes a través de su obra y dentro de ella, de *El Hombre Que Fue Jueves*. El episodio con cuyo relato termina Chesterton su extraordinario capítulo está vinculado a este hecho y al tema de esta conferencia:

“Quisiera citar más bien, un tributo de un tipo totalmente diferente de hombre (...) Era un distinguido psicoanalista, de la clase más moderna y científica. No era un sacerdote; lejos de ello (...) No creía en el Demonio; Dios no lo permitía, si hubiera un Dios para prohibirlo. Pero era un estudioso muy agudo y afanoso de su propia disciplina; e hizo poner mis pelos de punta cuando dijo que había encontrado que mi muy juvenil historia era un correctivo útil entre sus paciente mórbidos; especialmente el proceso por el cual cada uno de los diabólicos anarquistas termina por ser un buen ciudadano disfrazado. “Conozco un número de hombres que estaban a punto de volverse locos me dijo muy seriamente, pero que fueron salvados porque comprendieron realmente *El Hombre Que Fue Jueves*.’ Puede haber sido más bien exageradamente generoso; puede haber sido el mismo loco, por supuesto; porque en ese entonces yo lo era. Pero confieso que me halaga pensar que, en este, mi período de locura, pueda haber sido un poco útil a otros locos”. (pags. 103,104)